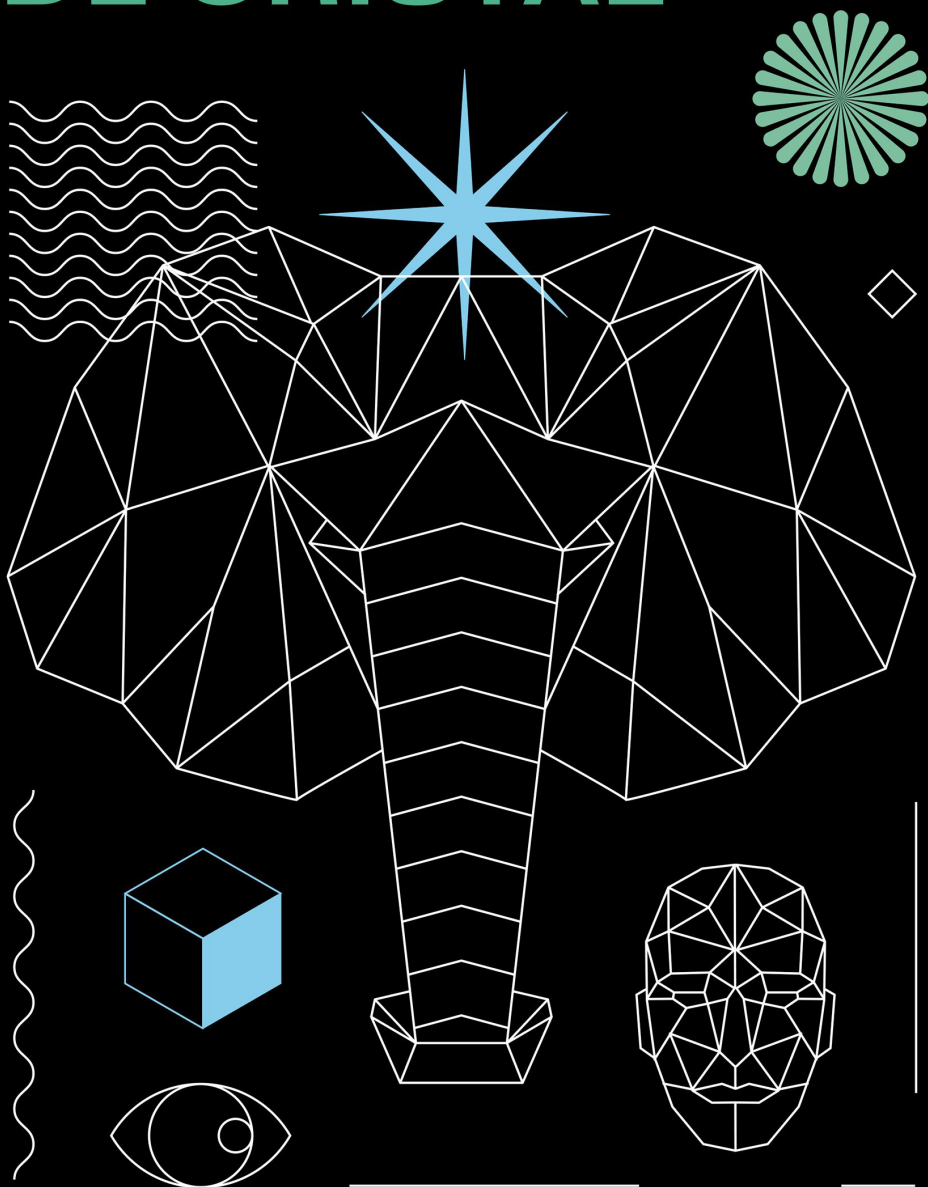


EL MUNDO DE CRISTAL

minotauro



J.G.BALLARD

J.G.BALLARD

**EL MUNDO
DE CRISTAL**

minotauro

1

El río oscuro

Más que nada, lo que impresionó al doctor Sanders cuando miró por primera vez hacia la desembocadura abierta del estero del Matarre fue la oscuridad del río. Tras muchos retrasos, el pequeño vapor de pasajeros se aproximó por fin a la línea de embarcaderos, pero, aunque ya eran las diez de la mañana, la superficie del agua todavía estaba gris y mansa y se fundía con los tonos sombríos de la vegetación que se derramaba a lo largo de las orillas.

A intervalos, cuando el cielo se llenaba de nubes, el agua se volvía casi negra, como un tinte podrido. En contraste, el desorden de almacenes y pequeños hoteles que formaban Port Matarre brillaban sobre el oleaje oscuro con un fulgor fantasmal, casi parecían iluminados por faroles interiores más que por la luz del sol, como pequeños templos de una necrópolis abandonada, construida sobre una serie de muelles en los límites de la jungla.

Durante la larga espera en la baranda de la cubierta de pasajeros, el doctor Sanders se fijó en aquella penumbra, más propia del amanecer, que lo impregnaba todo, interrumpida solo por repentinos cambios interiores de luz. El vapor llevaba dos horas anclado en el centro del estero, haciendo sonar su mortecina sirena de vez en cuando. Sin embargo, si no fuera por la vaga sensación de incertidumbre provocada por la oscuridad de la superficie del río, aquellos pocos pasajeros habrían enloquecido por pura irritación. Aparte de una lancha militar de desembarco francesa, no parecía que hubiera ninguna

otra embarcación amarrada en los muelles. Mientras contemplaba la orilla, el doctor casi estuvo seguro de que el vapor se había detenido deliberadamente, aunque se le escapaba el motivo. El vapor era el bote que transportaba regularmente el correo desde Libreville, con su cargamento semanal de correspondencia, coñac y repuestos de coches, y no había razones aparentes que justificaran su retención, a no ser que se hubiera declarado un brote de la plaga.

Políticamente, este rincón aislado de la República de Camerún todavía se recuperaba de un intento de golpe de Estado ocurrido diez años atrás, cuando un grupo de rebeldes ocupó las minas de esmeraldas y diamantes de Mont Royal, ochenta kilómetros corriente arriba. A pesar de la presencia de la lancha de desembarco de la delegación militar francesa que supervisaba el adiestramiento de las tropas locales, la vida en aquel puerto anodino en la desembocadura del río parecía completamente normal. Ante la mirada curiosa de un grupo de niños, en ese momento estaban descargando un jeep. La gente deambulaba por los embarcaderos y por las galerías de la calle principal mientras unas cuantas canoas cargadas de latas de aceite de palma se deslizaban por las aguas oscuras en dirección al mercado nativo al oeste del puerto.

No obstante, la sensación de desasosiego persistía. Desconcertado por aquella tenue luz, el doctor volvió su atención hacia la costa, siguiendo el río, que dibujaba un suave recodo hacia el sudeste. Aquí y allá, las interrupciones en los límites de la selva señalaban el curso de un camino, pero en su conjunto la jungla se extendía en un manto uniforme de color verde oliva hacia los cerros del interior. Habitualmente, desteñidas por el sol, las copas de los árboles eran de un amarillo pálido, pero hasta casi ocho kilómetros tierra adentro se veían árboles de color verde oscuro que se elevaban en el aire gris como cipreses inmensos, sombríos e inmóviles, tocados apenas por unos débiles resplandores de luz.

Alguien, impaciente, tamborileó con los dedos en la baranda, transmitiendo su vibración de una punta a otra, y media docena de pasajeros a cada lado de Sanders se movieron inquietos y empezaron a murmurar entre ellos, lanzando miradas hacia el timón, desde donde el capitán observaba ausente el embarcadero, sin que pareciera preocuparle el retraso.

El doctor Sanders se giró hacia el padre Balthus, que estaba a unos pocos pasos a su izquierda.

—La luz..., ¿se ha fijado? ¿Se espera un eclipse? El sol parece incapaz de decidirse.

El sacerdote fumaba constantemente; sus largos dedos separaban el cigarrillo a dos centímetros de la boca después de cada inhalación. Como Sanders, no miraba hacia el embarcadero, sino hacia las laderas de la selva tierra adentro. Bajo la delicada luz, su delgado rostro de erudito parecía fatigado y esquelético. Durante los tres días de viaje desde Libreville se había mostrado muy discreto, evidentemente distraído por algún asunto privado, y solo empezó a hablar con su compañero de mesa cuando se enteró del cargo que este ejercía en la leprosería de Fort Isabelle. El médico dedujo que regresaba a su parroquia de Mont Royal después de un mes de licencia, pero había algo demasiado artificial en aquella explicación que repitió varias veces en el mismo tono automático, distinto de su habitual tartamudeo indeciso. Aun así, Sanders era consciente del peligro de atribuir a los demás sus propios motivos ambiguos para arribar en Port Matarre.

No obstante, al principio, había sospechado que, después de todo, el padre Balthus podía no ser un sacerdote. Aquella mirada absorta y sus nerviosas manos pálidas mostraban todas las señales del impostor, quizás un seminarista expulsado que aún mantenía la esperanza de encontrar algún tipo de salvación dentro de una sotana prestada. Sin embargo, era completamente auténtico, fuera cual fuera el significado del término y de sus límites. El primer oficial, el camarero y varios pasajeros lo habían reconocido, habían elogiado su regreso y en general parecían aceptar su comportamiento retraído.

—¿Un eclipse? —El padre Balthus lanzó la colilla al agua oscura. El vapor se movía ahora sobre su propia estela, y las venas de espuma se hundían en las profundidades como luminosos hilos de baba—. Creo que no, doctor. ¿Acaso no debería durar un máximo de ocho minutos?

Los repentinos destellos de luz sobre el agua se reflejaron en sus afilados pómulos y en su mentón, mostrando durante un instante un perfil más duro. Consciente de la mirada crítica de Sanders, el padre Balthus añadió en el último momento y como para tranquilizarlo:

—La luz en Port Matarre siempre es así, opaca, como si permanentemente estuviera amaneciendo... ¿Conoce el cuadro de Böcklin, llamado La isla de los muertos, en el que unos cipreses montan guardia sobre un acantilado perforado por una bóveda mientras una tempestad se cierne sobre el mar? Está en el Kunstmuseum, en mi nativa Basilea. —El padre Balthus se interrumpió al ver que los motores del vapor arrancaban de nuevo—. Nos movemos. Por fin.

—Gracias a Dios. Tendría que haberme avisado, Balthus.

Sanders se sacó su cigarrera del bolsillo, pero el sacerdote ya tenía otro cigarrillo entre los dedos de la mano ahuecada, que había extraído con la habilidad de un prestidigitador. Balthus apuntó con el cigarrillo hacia el muelle, donde una considerable cantidad de gendarmes y aduaneros esperaba al vapor.

—Y ahora, ¿qué tontería es esta?

El doctor miró hacia la orilla. Fuera cuales fuesen los problemas personales de Balthus, la falta de caridad del sacerdote lo irritó, así que murmuró en tono seco:

—Tal vez haya algún problema de credenciales.

—No con las mías, doctor. —El padre Balthus se dio vuelta y le lanzó una mirada perspicaz—. Y estoy seguro de que usted tiene las suyas en orden.

Los demás pasajeros se alejaron de la baranda y bajaron a recoger sus equipajes. Sanders se disculpó con una sonrisa y se dirigió hacia su camarote. Apartando al sacerdote de su mente —en media hora se separarían, y en la selva partirían por caminos diferentes hacia lo que allí los esperase—, palpó su pasaporte en el bolsillo, recordándose a sí mismo que no debía olvidárselo en el camarote. El deseo de viajar de incógnito, con todas sus ventajas, podía manifestarse de alguna manera inesperada.

Cuando el médico llegó a la escalera que había detrás de la chimenea, miró hacia la cubierta de popa, donde los pasajeros de tercera clase amontonaban sus bultos y sus maletas baratas. En el centro de la cubierta, tapada en parte por un toldo de lona, había una lancha grande con el casco de color rojo y amarillo, parte del cargamento destinado a Port Matarre.

Descansando en el ancho banco detrás del timón, con un brazo

apoyado contra el parabrisas de cristal y cromo, un hombre pequeño y delgado, de unos cuarenta años, vestía un traje de lino blanco sobre el que se acentuaba la sombra de la barba negra que enmarcaba su rostro. El flequillo negro, peinado sobre la frente prominente, y los ojos diminutos le conferían un aspecto tenso y vigilante. Aquel hombre, Ventress —el doctor Sanders no había podido averiguar acerca de él más que su nombre—, era su compañero de camarote. Durante el viaje desde Libreville se había paseado por el vapor como un tigre enjaulado, discutiendo con los pasajeros de tercera clase y con la tripulación, mostrando bruscos cambios de temperamento, que iban desde una especie de humor irónico hasta un desinterés huraño cuando se encerraba en su camarote para contemplar por el ojo de buey el pequeño círculo de cielo vacío.

Sanders intentó hablar con él un par de veces, pero Ventress lo ignoró la mayor parte del tiempo, callándose los motivos de su viaje a Port Matarre. De todos modos, a estas alturas el doctor ya estaba acostumbrado a que lo evitaran. Justo antes de embarcar, tuvo un ligero contratiempo, más embarazoso para el resto de pasajeros que para él mismo, sobre la elección de compañero de compartimento. La fama lo precedía (lo que para el mundo en general era fama no pasaba de ser simple popularidad personal, pensó Sanders, y no había duda de que lo contrario también era cierto), así que nadie quería compartir camarote con el subdirector del hospital para leprosos de Fort Isabelle.

Entonces Ventress dio un paso adelante. Con la maleta en la mano llamó a la puerta de Sanders, lo saludó con la cabeza y simplemente preguntó:

—¿Es contagiosa?

Tras una pausa durante la que estudió aquella figura de traje blanco y esquelético rostro barbudo —algo en él le recordó que en el mundo no faltaban los que, por sus propias razones, deseaban contagiarse de la enfermedad—, el doctor Sanders dijo:

—Como bien ha preguntado, la enfermedad es contagiosa, sí, pero son necesarios años de exposición y contacto para su transmisión. El periodo de incubación puede ser de veinte o treinta años.

—Como la muerte. Bien. —Ventress mostró una leve sonrisa y

entró en el camarote. Tendió una mano huesuda y estrechó la de Sanders con firmeza; sus dedos fuertes mantuvieron el apretón del médico—. Lo que no han pensado nuestros timoratos pasajeros, doctor, es que fuera de su colonia hay simplemente otra más grande.

Más tarde, mientras contemplaba a Ventress descansando sobre la lancha a motor en la cubierta de popa, el médico reflexionó sobre su críptica presentación. La luz vacilante continuaba meciéndose sobre el estero, pero ahora el traje blanco de su compañero de camarote daba la impresión de concentrar todo aquel intenso fulgor oculto, del mismo modo que la sotana del padre Balthus parecía reflejar los tonos oscuros. Los pasajeros de tercera clase se arremolinaban alrededor de la lancha a motor, pero Ventress no mostraba interés alguno por ellos ni por el muelle cada vez más cercano y sus expectantes policías y aduaneros. En cambio, miraba fijamente por la desierta borda de estribor hacia la desembocadura del río y hacia la distante selva que se perdía entre las brumas. Con sus ojos entrecerrados, parecía como si fundiera deliberadamente las vistas que tenía frente a él con algún paisaje que habitaba dentro de su cabeza.

Sanders apenas había visto a Ventress durante el trayecto costa arriba, pero una noche en el camarote, rebuscando en la oscuridad en el interior de una maleta equivocada, notó la culata de una pistola automática de gran calibre enfundada en una sobaquera. En aquel momento, la presencia de esa arma resolvió de inmediato algunos de los enigmas que rodeaban la menuda y frágil figura de Ventress.

—Doctor... —lo llamó Ventress agitando levemente la mano, como para recordarle que soñaba despierto—. ¿Una copa antes de que cierre el bar? —Sanders quiso rechazar el ofrecimiento, pero el otro ya había dado media vuelta y cambiaba de tema—. Mire el sol, doctor, ahí está. No puede aventurarse por esta selva a ciegas.

—Intentaré no hacerlo. ¿Va a desembarcar?

—Por supuesto. Por aquí no hay prisas, doctor. Este es un paisaje sin tiempo.

Sanders lo dejó allí y se fue al camarote. Las tres maletas, una de Ventress, de brillante y cara piel de cocodrilo, y las suyas, de uso diario

y bastante desgastadas, esperaban junto a la puerta. Se quitó el saco, se lavó las manos y se las secó ligeramente, con la esperanza de que el penetrante perfume del jabón lo hiciera parecer menos paria a ojos de los oficiales inspectores.

Pero Sanders sabía muy bien que, a estas alturas, tras quince años en África, diez de ellos en el hospital de Fort Isabelle, cualquier oportunidad que hubiera tenido alguna vez de cambiar su propio aspecto exterior, su imagen ante el mundo en general, había desaparecido hacía mucho tiempo. El traje de algodón manchado por el uso, claramente pequeño para sus anchos hombros, la camisa azul a rayas y la corbata negra, la cabeza robusta, el pelo canoso descuidado y la sombra de la barba en el mentón constituían señales involuntarias que evidenciaban que él era el médico de los leprosos, indicios tan inconfundibles como su propia boca, firme y marcada por las cicatrices, y su mirada crítica.

Al abrir el pasaporte, comparó la fotografía que le habían sacado ocho años atrás con la imagen que se reflejaba en el espejo. A primera vista, los dos hombres parecían distintos; el primero, de rostro serio y sincero, moralmente comprometido con los leprosos, obviamente en la cumbre de su labor médica, parecía el aplicado hermano pequeño del segundo, un distante y característico médico rural.

Sanders se miró el saco descolorido y las manos callosas, a sabiendas de lo engañosa que era esa primera impresión, y de lo bien que entendía, si no sus motivos presentes, al menos los de su yo más joven, y las verdaderas razones que lo habían llevado a Fort Isabelle. Al ver la fecha de nacimiento en el pasaporte, recordó que ya había cumplido los cuarenta, y trató de imaginarse con diez años más, pero los elementos latentes que habían aparecido en su cara durante los últimos años parecían haber perdido impulso. Ventress se había referido a la selva de Matarre como un paisaje sin tiempo, y tal vez parte del atractivo de aquel lugar para Sanders residía en que allí por fin podría librarse de las cuestiones sobre motivos e identidad que se entrelazaban con su sentido del tiempo y del pasado.

El vapor estaba ahora a unos seis metros del embarcadero y, a través del ojo de buey, el doctor Sanders vio las piernas enfundadas en caqui

del grupo de recibimiento. Se sacó del bolsillo un sobre ajado y extrajo de su interior una carta escrita con tinta azul pálido que casi había traspasado el fino papel. Tanto el sobre como la carta estaban marcados con el sello de un censor, y la zona donde Sanders suponía que figuraba la dirección del remitente había sido recortada.

Mientras el vapor golpeaba contra el embarcadero, leyó la carta por última vez en el barco.

Jueves, 5 de enero

Mi querido Edward:

Por fin estamos aquí. Esta selva es la más hermosa de África, una casa llena de joyas. Es difícil encontrar palabras para describir esta maravilla cada mañana cuando miramos hacia las laderas, aún medio tapadas por la niebla pero relucientes como Santa Sofía, porque cada rama parece una cúpula enjoyada. De hecho, Max dice que me estoy volviendo demasiado bizantina: llevo la melena suelta hasta la cintura incluso en la clínica, y muestro una afectada expresión melancólica, aunque lo cierto es que siento alegría en mi corazón por primera vez en muchos años. A los dos nos gustaría que estuvieras aquí. La clínica es pequeña, hay una veintena de pacientes. Afortunadamente, los habitantes de estas laderas salvajes andan por la vida con una suerte de paciencia de ensueño, y consideran que nuestro trabajo con ellos es más social que terapéutico. Caminan por la selva oscura con coronas de luz en la cabeza.

Max te envía sus mejores deseos, igual que yo. Pensamos en ti a menudo.

La luz lo viste todo de zafiros y diamantes.

Con cariño,

SUZANNE

Mientras los tacones metálicos del grupo de inspección resonaban en la cubierta por encima de su cabeza, el doctor Sanders leyó de nuevo la última línea de la carta. De no ser por las garantías

extraoficiales pero firmes que le había proporcionado la prefectura de Libreville, no habría creído que Suzanne Clair y su marido estuvieran en Port Matarre, porque sus descripciones del bosque cercano a la clínica eran muy diferentes de esa luz sombría que cubría el río y la selva. Nadie había podido decirle dónde estaban Suzanne y Max ni el motivo de aquella repentina censura impuesta al correo que salía de la provincia. Y cuando insistió demasiado, le recordaron que las personas acusadas de cargos criminales estaban sujetas a la censura, pero en lo que concernía a Suzanne y Max Clair aquella insinuación era grotesca.

Al pensar en el menudo e inteligente microbiólogo y en su mujer, alta y de cabellera negra, de frente amplia y mirada calmada, el doctor recordó su repentina partida desde Fort Isabelle tres meses antes. La relación de Sanders con Suzanne había durado dos años, alimentada solo por su propia incapacidad para tomar una decisión. Su fracaso en el momento de comprometerse plenamente con ella le dejó claro que Suzanne se había convertido en el centro de todas sus incertidumbres en Fort Isabelle. Desde hacía algún tiempo sospechaba que las razones para servir en la leprosería no eran del todo humanitarias, y que de manera inconsciente podría sentirse más atraído de lo que imaginaba por la idea de la lepra y de lo que representaba. En su mente había identificado la sombría belleza de Suzanne con el lado oscuro de su propia psiquis, y su relación fue un intento de aceptarse a sí mismo y sus propios motivos ambiguos.

Pensándolo bien, Sanders descubrió que existía una explicación mucho más siniestra para que la pareja se hubiera alejado del hospital. Cuando llegó la carta de Suzanne, con su extraña y estática visión del bosque —la lepra maculoanestésica afectaba al tejido nervioso—, decidió ir tras ellos. Renunció a preguntar más sobre la carta censurada para que Suzanne no se enterase de su llegada, pidió un mes de licencia en el hospital y partió hacia Port Matarre.

Por la descripción que Suzanne había hecho de las laderas salvajes, dedujo que la clínica estaría en algún lugar cercano a Mont Royal, posiblemente en alguno de los asentamientos mineros propiedad de los franceses, con sus guardias de seguridad excesivamente rigurosos. Con todo, la actividad en el embarcadero, donde ahora media docena

de soldados se movían de un lado a otro cerca de un coche estacionado del ejército, indicaba que estaba pasando algo más.

Mientras empezaba a doblar la carta de Suzanne, alisando aquel papel fino como un pétalo, se abrió de repente la puerta del camarote, golpeándole el codo. Ventress entró, le pidió disculpas y le hizo un gesto con la cabeza.

—Perdóneme, doctor. Mi maleta. —Y añadió después—: Los funcionarios de aduana están aquí.

Molesto por haber sido sorprendido leyendo la carta de nuevo, Sanders se metió el papel y el sobre en el bolsillo. Esta vez pareció que Ventress no se daba cuenta. Con una mano sujetaba el asa de la maleta y parecía prestar mucha más atención a los sonidos procedentes de la cubierta superior. No había duda de que se preguntaba qué debía hacer con la pistola. Lo que menos se esperaban todos era una revisión completa de los equipajes.

Decidido a dejar solo a Ventress para que pudiera deshacerse de la pistola lanzándola por el ojo de buey, Sanders cargó sus propias maletas.

—Bueno, adiós, doctor —le dijo Ventress sonriendo y mostrando un rostro si cabe aún más cadavérico debajo de la barba rala. Mantuvo la puerta abierta y añadió—: Ha sido muy interesante; compartir el camarote con usted ha sido un verdadero placer.

Sanders asintió.

—Y quizá también algo así como un desafío, ¿no, *monsieur* Ventress? Espero que todas sus victorias le resulten tan fáciles como esta.

—¡*Touché*, doctor! —Ventress se despidió de él y luego le hizo una seña mientras bajaba por el pasillo—. Pero con mucho gusto lo dejo con la que ríe última..., la vieja de la guadaña, ¿eh?

Sin mirar atrás, Sanders subió la escalerita hacia el bar, consciente de que Ventress lo observaba desde la puerta del camarote. Balthus y los demás pasajeros estaban sentados, escuchando una prolongada arenga del primer oficial, dos funcionarios de aduana y un sargento de la policía. Revisaban la lista de pasajeros, escrutando a cada uno como si buscaran a un viajero perdido.

Mientras dejaba las maletas en el suelo, Sanders oyó la siguiente frase:

—No se admite la entrada de periodistas... —Y entonces uno de los funcionarios de aduana le hizo señas.

—¿El doctor Sanders? —preguntó poniendo especial énfasis en el nombre, como si fuese un alias—. ¿De la Universidad de Libreville...? —Bajó la voz—. ¿Del Departamento de Física...? ¿Puedo ver sus papeles?

Sacó su pasaporte. A unos metros a su izquierda, el padre Balthus lo miró con interés.

—Mi nombre es Sanders, vengo de la leprosería de Fort Isabelle.

Tras disculparse por el error, los aduaneros se miraron entre ellos y le dejaron pasar, marcándole las maletas con una tiza sin molestarse en abrirlas. Instantes después bajaba por la pasarela. En el embarcadero los soldados nativos holgazaneaban alrededor del coche militar. El asiento trasero seguía vacío, presumiblemente reservado para el desaparecido físico de la Universidad de Libreville.

Mientras entregaba las maletas a un mozo con la leyenda «Hotel Europa» impresa en la gorra de plato, el doctor Sanders se dio cuenta de que la inspección del equipaje de los que se iban de Port Matarre era mucho más minuciosa. Habían reunido a un grupo de treinta o cuarenta pasajeros de tercera en el extremo más alejado del muelle, y la policía y los aduaneros los registraban uno por uno. La mayoría de los nativos llevaban sacos de dormir, y los policías los desenrollaban y rebuscaban entre el relleno.

En contraste con aquella actividad, el pueblo estaba prácticamente desierto. Las galerías a ambos lados de la calle principal estaban vacías, y las ventanas del hotel Europa colgaban inmóviles en el aire oscuro, los estrechos postigos como tapas de ataúdes. Allí, en el centro del pueblo, las descascaradas fachadas blancas hacían que la sombría luz de la selva pareciera aún más dominante. Al mirar de nuevo el río, que se retorció adentrándose en la selva como una inmensa serpiente, Sanders tuvo la sensación de que, a excepción de algunos restos, toda la vida a su alrededor había sido engullida.

Mientras seguía al mozo por las escaleras del hotel, vio la figura vestida de negro del padre Balthus en la galería de abajo. El sacerdote caminaba apresuradamente, el pequeño maletín de viaje colgaba de una de sus manos. Pasó entre dos columnas, después

cruzó la calle y desapareció entre las sombras de las arcadas del frente del hotel. Sanders lo vio de nuevo, a intervalos: el sol alumbraba su oscura figura, las columnas blancas de la galería lo enmarcaban como el obturador defectuoso de un aparato estroboscópico. Entonces, sin razón aparente, el sacerdote cruzó la calle de nuevo, el dobladillo de la sotana negra levantó una nube de polvo alrededor de sus zapatos. Su robusta cara pasó junto al doctor sin volverse, como el perfil pálido y borroso de alguien apenas vislumbrado en una pesadilla.

Sanders lo señaló con el dedo.

—¿Adónde va? —le preguntó al mozo—. El sacerdote... venía conmigo en el vapor.

—Al seminario. Los jesuitas aún están aquí.

—¿Aún? ¿Qué quiere decir?

Sanders avanzó hacia las puertas giratorias, pero en ese momento salía una joven francesa de pelo negro. Al ver su rostro reflejado en los cristales en movimiento, tuvo una visión repentina de Suzanne Clair. Aunque la joven apenas aparentaba veinte años, como poco diez menos que Suzanne, tenía las mismas caderas anchas, igual andar pausado, idénticos ojos grises y vivaces. Al cruzarse con él murmuró «pardon...». Luego, devolviéndole la mirada con una leve sonrisa, se dirigió hacia el camión del ejército que salía marcha atrás de una calle lateral. El médico vio cómo se alejaba. Su delicado traje blanco y su elegancia metropolitana parecían fuera de lugar en la luz sucia de Port Matarre.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Sanders—. ¿Han encontrado un nuevo yacimiento de diamantes?

Esa explicación le hubiera dado sentido a la censura y a los registros de los aduaneros, pero algo en el estudiado encogimiento de hombros del mozo lo hizo dudar. Además, el censor habría interpretado las referencias de la carta de Suzanne a los diamantes y zafiros como una invitación abierta a repartirse la cosecha.

El recepcionista fue igualmente evasivo. Para fastidio de Sanders, insistió en explicarle la tarifa semanal, a pesar de que ya le había asegurado que partiría hacia Mont Royal al día siguiente.

—Doctor, debe comprender que no habrá ningún barco, el

servicio ha sido suspendido. Le saldrá más barato si le cobro la tarifa semanal. Pero como usted desee.

—Está bien. —Sanders firmó el registro. Por precaución, dio como dirección la Universidad de Libreville. Había sido ponente de varias conferencias en la facultad de Medicina, y desde allí le reenviarían a Fort Isabelle el correo. Ese engaño podría serle útil más adelante.

—¿Y qué pasa con el ferrocarril? —le preguntó al recepcionista—. ¿O el servicio de autobuses? Tiene que haber algún transporte a Mont Royal.

—No tenemos ferrocarril. —El recepcionista chasqueó los dedos—. Ya sabe, doctor, que no es muy difícil transportar los diamantes. Quizá pueda informarse acerca del autobús.

Sanders estudió el rostro delgado y verdoso del hombre. Sus ojos acuosos recorrieron las maletas del médico y luego la galería y el tapiz de la jungla que asomaba por encima de los tejados de enfrente. Daba la impresión de que esperaba que apareciera algo.

El médico se guardó su estilográfica.

—Dígame, ¿por qué Port Matarre parece tan oscuro? El cielo no está cubierto, y, sin embargo, apenas puede verse el sol.

El recepcionista sacudió la cabeza. Cuando habló, lo hizo más para sí mismo que dirigiéndose a su interlocutor:

—No está oscuro, doctor, son las hojas. Absorben minerales del suelo y eso hace que todo parezca siempre oscuro.

Aquella idea parecía contener algo de verdad. Desde las ventanas de su habitación, que daba a las galerías, Sanders miró hacia la selva. Los enormes árboles rodeaban el puerto como si intentaran empujarlo hacia el río. En la calle, las sombras tenían la densidad habitual, seguían los talones de las pocas personas que se aventuraban a través de las galerías, pero en la selva no había ningún tipo de contraste. Las hojas expuestas a la luz del sol eran tan oscuras como las que estaban debajo, casi como si la selva entera estuviera consumiendo toda la luz del sol, del mismo modo en que el río vaciaba al pueblo de vida y movimiento. La negrura del dosel de vegetación, el tono oliváceo de las hojas daba a la selva una sombría pesadez, destacada aún más por las partículas de luz que parpadeaban en el aire.

Preocupado, el doctor casi no se dio cuenta de que llamaban a la puerta. Al abrirla se encontró a Ventress en el pasillo. Aquella figura vestida de blanco, de cráneo anguloso, parecía personificar los colores óseos del pueblo desierto.

—¿Qué quiere?

Ventress dio un paso adelante. Llevaba un sobre en la mano.

—Encontré esto en el camarote después de que se fuera, doctor. He pensado que debía traérselo.

Tomó el sobre mientras buscaba en su bolsillo la carta de Suzanne. Era evidente que se le había caído al suelo con las prisas. Metió la carta en el sobre e invitó a Ventress a entrar en la habitación.

—Se lo agradezco, no me di cuenta...

Ventress echó un vistazo a su alrededor. Desde que había desembarcado del vapor, había cambiado visiblemente. Su conducta lacónica y brusca había dado paso a una evidente inquietud. Su figura compacta, comprimida como si todos sus músculos estuvieran en tensión permanente, contenía una intensa energía nerviosa que incomodó a Sanders. Los ojos del hombre recorrieron aquel agujero ruinoso en busca de alguna perspectiva oculta.

—¿Puedo llevarme algo a cambio, doctor? —Antes de que pudiera contestar, Ventress se acercó a la maleta más grande, apoyada en una banqueta al lado del armario. Se inclinó ligeramente, abrió los pestillos y levantó la tapa. De debajo de una bata doblada, extrajo su pistola automática. Sin darle al otro tiempo para protestar, se la metió en el saco.

—¿Qué demonios...? —El doctor Sanders cruzó la habitación y cerró la tapa de la maleta—. ¡Es usted un cínico!

Ventress le mostró una leve sonrisa, pasó por su lado y se dirigió hacia la puerta. Enfadado, Sanders lo agarró por el brazo y tiró de él hasta casi levantarlo en el aire. La cara de Ventress se cerró como una trampa. Se deslizó a un lado con inusitada agilidad y se apartó de él.

Cuando Sanders volvió a echársele encima, Ventress valoró la posibilidad de usar la pistola, pero acabó por levantar una mano para calmar al médico.

—Le pido disculpas, por supuesto. Pero no tenía otra manera de

hacerlo. Intente comprenderme: tenía que engañar a esos idiotas de a bordo.

—¡Tonterías! ¡Se ha aprovechado de mí!

Ventress negó con la cabeza.

—Se equivoca, Sanders. Le aseguro que no tengo ningún prejuicio hacia su particular vocación..., ni mucho menos. Créame, le entiendo, doctor...

—¡Muy bien! —dijo abriendo la puerta bruscamente—. ¡Ahora, fuera!

No obstante, Ventress se mantuvo allí inmóvil. Parecía querer decirle algo, como si fuera consciente de que había descubierto alguna debilidad personal de Sanders y tratara de disculparse. Pero entonces se encogió de hombros levemente y salió de la habitación, fastidiado por el enfado del médico.

Cuando se retiró, el doctor Sanders se sentó en el sillón, de espaldas a la ventana. El engaño de Ventress le había molestado no solo por la suposición de que los aduaneros, para no contaminarse, evitarían tocar su maleta, sino porque el contrabando de la pistola parecía simbolizar, en términos sexuales, y aun sin ser consciente del todo, sus motivos recónditos para venir a Port Matarre en busca de Suzanne Clair. Y que Ventress, con aquel rostro cadavérico y su traje blanco, le hubiera puesto de manifiesto aquellos impulsos todavía ocultos le resultaba aún más irritante.

Comió temprano en el restaurante del hotel. Las mesas estaban casi vacías, y el único huésped a la vista era la joven francesa de cabellera oscura, que estaba sentada sola, escribiendo en una libreta junto a su ensalada. De vez en cuando miraba a Sanders, que volvió a sorprenderse por su parecido con Suzanne Clair. Tal vez por su pelo negro, o por la inusual luz de Port Matarre, su rostro parecía más pálido que el que recordaba de Suzanne, como si las dos mujeres fueran primas, distintas solo por el tono un poco más oscuro de la sangre de Suzanne. Mientras miraba a la chica, casi podía ver a Suzanne a su lado, reflejada en un espejo oculto a medias en su mente.

Cuando ella se levantó de la mesa, lo saludó asintiendo con la cabeza, recogió su libreta, se detuvo un instante en el vestíbulo y salió a la calle.

Después del almuerzo, Sanders comenzó a buscar algún tipo de transporte que lo llevara hasta Mont Royal. Como había afirmado el recepcionista, no había ningún tren hasta el pueblo minero. Tiempo atrás hubo un servicio de autobuses dos veces al día, pero por alguna razón se había interrumpido. En la estación, cerca de los cuarteles militares de las afueras de la ciudad, el doctor encontró cerrada la oficina de venta de boletos. Los horarios colgaban de los tableros a la luz del sol, y unos pocos nativos dormitaban en los bancos a la sombra. Pasados diez minutos, llegó un revisor con una escoba, masticando un trozo de caña de azúcar. Le preguntó cuándo se reanudaría el servicio, y el hombre se encogió de hombros.

—Quizá mañana, o pasado mañana, señor. ¿Quién sabe? El puente se ha derrumbado.

—¿Dónde está eso?

—¿Dónde? En Myanga, a diez kilómetros de Mont Royal. Es un barranco muy empinado; el puente simplemente se desplomó. Se trata de un lugar inestable, señor.

El doctor Sanders señaló hacia los cuarteles militares, donde estaban cargando media docena de camiones con suministros. A un lado, enormes rollos de alambre de espino se apilaban en el suelo junto a algunas secciones de cercas metálicas.

—Parecen bastante ocupados. ¿Cómo van a pasar?

—Están reparando el puente, señor.

—¿Con alambre de espino? —Sanders negó con la cabeza, cansado de aquella actitud evasiva—. ¿Qué está pasando exactamente allí arriba, en Mont Royal?

El revisor masticó la caña de azúcar.

—¿Que qué está pasando? —repitió en tono pensativo—. No está pasando nada, señor.

El doctor se alejó y se detuvo frente a las puertas del cuartel hasta que el centinela le hizo un gesto para que se fuera. Al otro lado de la calle, la fachada de oscura vegetación se elevaba en el aire como una inmensa ola a punto de caer sobre el pueblo vacío. A unos cuarenta metros por encima de su cabeza, las grandes ramas colgaban como alas medio desplegadas, los troncos se inclinaban hacia él. Sanders estuvo tentado de cruzar la calle y acercarse a la selva, pero había algo

amenazador y opresivo en aquel silencio. Dio media vuelta y se dirigió de nuevo al hotel.

Una hora más tarde, después de varias indagaciones infructuosas, llamó a la prefectura de policía que estaba cerca del puerto. La actividad en el vapor se había calmado y la mayoría de los pasajeros estaban a bordo. Una grúa estaba bajando la lancha al embarcadero.

Sanders fue directo al grano, y le enseñó la carta de Suzanne al capitán africano que estaba a cargo.

—Capitán, tal vez usted podría explicarme ¿por qué fue necesario eliminar el remite? Son amigos míos y me gustaría pasar dos semanas de vacaciones con ellos. Pero ahora parece que no hay manera de llegar a Mont Royal, y una cierta atmósfera de misterio rodea el lugar.

El capitán asintió con la cabeza, reflexionando con la carta sobre la mesa. De vez en cuando pinchaba el papel con una regla de acero, como si examinara los pétalos prensados de alguna flor rara y tal vez venenosa.

—Entiendo, doctor. Es difícil para usted.

—Pero ¿por qué han impuesto esta censura? —insistió Sanders—. ¿Hay algún tipo de disturbio político? ¿Existe algún grupo rebelde que se haya hecho fuerte en las minas? Naturalmente, estoy preocupado por el bienestar del doctor y de *madame* Clair.

El capitán negó con la cabeza.

—Doctor, puedo asegurarle que no hay ningún problema político en Mont Royal. De hecho, ya casi no queda nadie allí. La mayoría de los trabajadores se han marchado.

—¿Por qué? He notado lo mismo aquí. El pueblo está casi vacío.

El capitán se levantó y se acercó a la ventana. Señaló la franja oscura de la selva que se hacinaba sobre los tejados del barrio indígena más allá de los almacenes.

—La jungla, doctor, ¿la ve? Les da miedo; es siempre tan negra y opresiva... —Volvió a su escritorio y jugueteó con la regla. Sanders esperó a que el hombre se decidiera a hablar—. En confianza, puedo explicarle que hay una nueva enfermedad desconocida que afecta a las plantas, y empieza en la selva cerca de Mont Royal...

—¿Qué quiere decir? —lo interrumpió Sanders—. ¿Una enfermedad viral, como el mosaico del tabaco?

—Sí, eso es... —El capitán asintió con vigor, a pesar de que no parecía tener mucha idea de lo que estaba hablando. No obstante, miró con calma el límite de la selva que se veía desde la ventana—. De todos modos, aunque no es algo venenoso, debemos tomar precauciones. Algunos expertos analizarán la jungla, enviarán muestras a Libreville, y comprenda que para eso se necesita tiempo... —Le devolvió la carta de Suzanne—. Averiguaré la dirección de sus amigos. Vuelva otro día. ¿De acuerdo?

—¿Podré ir a Mont Royal? —le preguntó Sanders—. ¿El ejército no ha cerrado el acceso a la zona?

—No... —insistió el capitán—. Es usted libre. —Hizo un gesto con las manos, encerrando pequeñas parcelas de aire—. Solo unas pocas áreas, ¿sabe? No es peligroso; sus amigos estarán bien. No queremos a nadie deambulando por allí, tratando de crear problemas.

Ya en la puerta, el doctor le preguntó:

—¿Cuánto hace que ha empezado todo esto? —Señaló la ventana—. Aquí el bosque es muy oscuro.

El capitán se rascó la frente. Por un momento pareció cansado y esquivo.

—Alrededor de un año. Tal vez más. Al principio nadie le dio importancia...